

La guerra sin mentiras

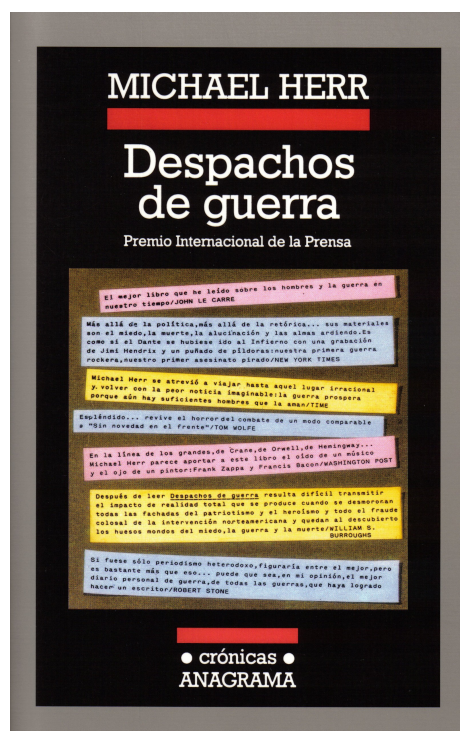
Herr, Michael, 2001

Despachos de guerra

Barcelona: Anagrama, 267 páginas.

ISBN: 84-339-2547-4

Reseña de Samuel Toledano



Aprovechando la feliz idea de Anagrama de reeditar este libro en la colección *crónicas* conviene recordar uno de los mejores trabajos de periodismo de guerra, donde la labor del corresponsal no se circunscribía a repetir comunicados oficiales que reducen a números y fríos datos lo que ocurre en el frente.

Cubrir informativamente la guerra, como dice Herr, es un “truco para engañarte a ti mismo. Salir tras una información y obtener otra, totalmente distinta, cerrar los ojos abiertos, reducir la temperatura de tu sangre por debajo de cero, la boca tan seca que bebías un buen trago de agua y desaparecía en ella antes de llegar a la garganta”.

Los despachos de Herr parecen salir de la mente de un escritor que se inventa un país, una guerra, unos soldados y un corresponsal que viaja hasta el frente para informar de lo que ve. Sería una magnífica novela, pero no nos debemos confundir por el lirismo que impregna sus frases: esto no es una novela, ni siquiera es una historia novelada ni cualquier otro género que se mueva en la delgada línea que separa la realidad de la ficción. Lo que está en nuestras manos, las crónicas de la guerra de Vietnam, son periodismo del bueno, del arriesgado, del que sale de la mente de profesionales que son capaces de hablar de las personas en medio de una selva convertida en campo de batalla.

Las crónicas de este autor, enviado especial de la revista *Esquire*, consiguieron reflejar la realidad de una guerra en la que muchos de los *marines* estadounidenses no creían y en la que, como ha sucedido a lo largo de la historia, las elites militares y políticas permanecían en la retaguardia analizando con frialdad los pasos que debían tomarse, mientras los soldados fallecían en medio del fango sin tener muy claro por qué.

El libro es un perfecto manual de lo que sucede alrededor de una guerra, de las distintas clases de periodistas que acuden a cubrirla, y de las dudas a las que todo profesional debe hacer frente, sopesando siempre el riesgo al que

se expone por realizar un reportaje o enviar una noticia a la redacción, a miles de kilómetros de donde está.

Leyendo estas crónicas, que luego sirvieron de base a la película de Stanley Kubrick *La Chaqueta Metálica*, uno adquiere conciencia del sacrificio que hace el periodista por ofrecer la información que pide la sociedad y convertirse así en el único nexo de unión entre una realidad inalcanzable a la práctica totalidad de la población y el destinatario de la noticia.

Informar de la guerra, sin embargo, requiere una gran dosis de sentido común, no sólo para evitar ser herido o fallecer en el transcurso de ella, sino para no convertirse en un mero portavoz del bando de turno que transmite desde el frente lo que le dejan decir o lo que lo le indican que digas. Para eso, como dice Herr, mejor quedarse en la retaguardia esperando los partes oficiales de la oficina de información.

Lo verdaderamente interesante, e inevitablemente lo más arriesgado, es llegar hasta la misma noticia, moverse libremente e informar sin cortapisas de la realidad que el periodista es testigo.

La libertad que Herr tenía para moverse por el frente difícilmente se hallará hoy en día. Las guerras están planificadas hasta tal punto que, con seguridad, los mandos miliares y políticos podrían decir con días de antelación qué noticia será publicada por los medios desplazados al lugar. Esto se debe, como muchos suponen, al giro que los gobiernos dieron después de la guerra de Vietnam y, en especial, el estadounidense, que probablemente no sospechaba que periodistas de su propio país utilizarían la libertad de movimiento en Vietnam para informar de batallas, muertes, asesinatos y masacres que desacreditarían la optimista propaganda que se difundía desde Washington.

Pero después de Herr –y pese a las historias Herr– hubo nuevas guerras, como si los responsables de comenzar las batallas no se hubieran molestado en leer este libro, aunque sólo fuera para darse cuenta de que sus propios soldados no están tan seguros de estar haciendo lo correcto y menos aún si al hacerlo les puede ir la vida en ello.

A nosotros, sin embargo, no nos interesa la guerra en sí, sino observar la labor de un periodista como Herr dentro de ella, y comprender de manera explícita cómo se le puede sacar el mayor provecho informativo a una guerra, buscando siempre una mirada que nadie refleja y, sobre todo, aprender de un periodista que es capaz de reconocer sus propios errores: “Nos cubríamos mutuamente, un intercambio de servicios que funcionó muy bien hasta que una noche en que me pasé de la raya y me parapeté detrás de unos sacos terreros en una pista aérea de Can Tho con un arma automática del 30 en la mano y disparé para cubrir a un equipo de contraataque de cuatro hombres que intentaba regresar. Una última historia de guerra”.

Es seguro que habrá más guerras y con toda seguridad habrá más periodistas que mueran en ellas situándose en esa línea tan compleja que marca tu deseo y obligación de informar con el peligro y las trabas que se encuentran en cada rincón. Pero desgraciadamente, habrá muchos más periodistas que cojan algún arma para tomar partido, aunque esta arma tenga la inocente apariencia de unas cuantas palabras impresas.